

Aurelio Tanodi.
Mis recuerdos en su centenario (1914-2014)

Celina A. Lértora Mendoza

Conocí al Doctor Aurelio Tanodi en 1973. Entonces yo era becaria del CONICET (Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas) y mi tema de investigación, así como el de mi tesis, era la Escuela de Oxford del siglo XIII, en especial la figura de su primer *magíster*, Roberto Grosseteste y sus aportes a la constitución de una metodología científica. Existe un manuscrito de la Bodleian, que contiene varios tratados de mano de Grosseteste, inéditos hasta entonces. Tenía el microfilm y mi director, el Dr. Juan E. Bolzán, consideraba importante transcribirlos, pero en Buenos Aires nadie podía enseñarme paleografía medieval. Él gestionó en el Conicet que el Dr. Aurelio Tanodi, experto en paleografía de la Universidad de Córdoba, me diera una enseñanza inicial y concentrada, para lo cual me concedieron una pasantía de un mes, en agosto.

Llegué a Córdoba muy ilusionada con mis ampliaciones del microfilm. La primera entrevista con el Dr. Tanodi fue muy positiva. En primer lugar era de agradecer que se tomara ese tiempo suplementario a sus muchas actividades. Él parecía muy contento al tener una oportunidad de enseñar paleografía medieval porque, me dijo, lo que se trabaja en América son las escrituras a partir del siglo XVI y en castellano. Un texto inglés del siglo XIII, de ciencias (eran descripciones de eclipses, tablas astronómicas, algunas cuestiones matemáticas como la cuadratura del círculo) y en latín, era para él una ocasión de retomar lo que había sido su verdadera vocación: el estudio paleográfico e histórico crítico de documentos medievales croatas. Me contó rápidamente su vida, que fui conociendo más en detalle con los años. Había estudiado en Zagreb y se había especializado en la escritura medieval de la región, lo que le permitió zanjar una controversia histórica sobre la autenticidad de un documento muy importante, la Bula fundacional de la ciudad de Zagreb. Al terminar la Segunda Guerra, dada su ideología anticomunista, debió emigrar. Estuvo en Italia y trabajó un tiempo en el Vaticano, donde también tuvo ocasión de estudiar manuscritos “raros”.

Para mi gran satisfacción, los que yo traía tenían para él esa característica motivadora. Luego de mirarlos con cuidado (para ver más de cerca, como muchos miopes, se sacaba los anteojos), son, me dijo enseguida, muy interesantes. No es muy común un dossier de la misma mano y de los mismos temas. Desde luego, ya verá usted que tienen dificultades especiales porque sus abreviaturas no son las convencionales, tienen significados específicos; usted hará un buen trabajo al tomar nota de eso. En ese momento no tenía idea de la dificultad que estaba acometiendo, y él, aunque no la ocultaba, daba alientos para enfrentarla. Siempre recuerdo esa actitud a la vez realista y positiva. Algo que siempre traté luego de aplicar en mis propios dirigidos.

Como sólo tenía un mes y debía avanzar rápidamente, dedicada sólo a eso, quedamos en reunirnos dos o tres veces por semana. Me dio unos textos explicativos y una carpeta con láminas para transcribirlas, como práctica. Me prestó “un Hoepli” (diccionario de abreviaturas), hasta que un tiempo después conseguí y pude comprar uno, que naturalmente todavía guardo y a veces uso. Las reuniones consistían en un primer tiempo de explicación, todo en forma práctica; él mismo dibujaba los trazos, para que yo me imaginara al escribiente formando las letras, cosa muy útil para descifrarlas, porque no siempre eso aparece claro sólo con el diseño plano de ellas. Luego yo anotaba, hacía preguntas o planteaba dudas, y finalmente me encomendaba transcribir algunas láminas. En la clase siguiente lo primero era la corrección del práctico y luego se repetía la secuencia. Parecía poco, yo no tenía muy claro si llegaría a saber lo suficiente como para transcribir mis textos; pensaba que sólo con familiarizarme con dos o tres de los modelos (incluso muy diferentes a mis textos) ya se me pasaría el mes. Al cabo de tres o cuatro

clases me di cuenta, bastante sorprendida, que a pesar de la diferencia de letras, podía descifrar casi cualquiera de las láminas aunque, claro, no todas las palabras, sino las que no tenían abreviaturas. Pensé también que éste era un punto crucial de mi dossier, porque dos de cada tres palabras de tres o más sílabas estaban abreviadas. En la tercera o cuarta clase le expuse esta especie de conclusión, y se sonrió muy complacido. Me dijo algo así como: me alegra que haya visto bien esto; hay algo muy importante, el trabajo paleográfico no es un fin en sí mismo, es un medio para poder leer e interpretar un documento, por eso es importantísimo, decisivo, conocer bien el tema. Cuando avancemos un poco más en la práctica, usted leerá este manuscrito con más facilidad que yo, porque conoce el tema. Casi no le creí en ese momento, ¡pero fue así!

Quiero recordar aquí una anécdota que muestra la personalidad del Dr. Tanodi y lo que signó mi relación con él, sostenida desde entonces hasta su muerte. El primer día de trabajo me indicó el práctico, dijo por ejemplo: “transcriba las láminas 2 y 3”. Yo las miré, empecé a transcribir una y mi curiosidad me llevó a mirar otras, del mismo nivel de dificultad, y resultó que me llamaban más la atención otros temas y me motivaron a hacer otras. En la reunión siguiente le dije muy suelta de cuerpo: “Usted me indicó hacer las láminas 2 y 3, pero a mí me gustaron más la 1 y la 4, así que hice esas”. No objetó nada. Esta situación se repitió dos veces más; siempre, por una u otra razón, me gustaban más otras láminas, distintas de las señaladas por él, pero cumplía en hacer dos. La cuarta vez me dijo “Para la próxima reunión estudie lo que vimos hoy, repase lo anterior y transcriba dos láminas, las que quiera”. Y yo, extrañada: “No Doctor, dígame usted cuáles hago”. Su contestación fue: “Aunque yo le indique dos, usted hará las que quiera, de modo que, para no perder mi autoridad, yo le indico que haga las que quiera”. Ese fue un momento de inflexión, el momento en que vi la hondura humana del Dr. Tanodi, el momento en que un buen profesor de paleografía se convirtió para mí en un Maestro intelectual. Él había comprendido mi propia personalidad intelectual y la respetaba. Lo que me había dicho sobre la transcripción como un momento instrumental, realmente lo aplicaba; comprendía que yo me interesa sobre todo por los contenidos, por eso miraba todos los textos y me motivaba más con unos que con otros. La motivación del contenido es el secreto para entender las dificultades paleográficas de un documento, la motivación que hace pensar alternativas posibles de interpretación a los trazos a primera vista ininteligibles.

Terminé mi trabajo y naturalmente no estaba en condiciones de transcribir mis textos con rapidez, pero poco a poco avanzaba algo. Casi al final me dijo “Llegará un día en que usted leerá de corrido, créame”. Nunca leí tan “de corrido” pero sin duda he llegado a leer con bastante facilidad. Y edité tres de los opúsculos contenidos en el dossier años después, luego de haber hecho otra pasantía, más larga, en Madrid, para perfeccionar mi paleografía con el Dr. Gaspar Riesco Terrero, una figura modesta que en mucho se asemejaba a Tanodi y que era, sin duda, el mejor paleógrafo de España. Creo que he tenido suerte.

Dos años después de mi estadía cordobesa, un profesor de la Facultad de Filosofía de UCA, el Dr. Alberto Moreno, especialista en lógica e interesado en su historia, nos propuso a un grupo de graduados jóvenes estudiar algunos manuscritos que contenían los cursos impartidos durante la época colonial. Mi director no parecía muy convencido, porque pensaba que dichos textos no tenían gran valor teórico lo que, por supuesto, era cierto. Pero eran documentos para la historia de la filosofía argentina y americana. Fue el Dr. Tanodi quien se entusiasmó con la idea; él había hecho la presentación codicológica y paleográfica de un texto cordobés, y me instó a que trabajara en esa dirección, naturalmente sin abandonar lo medieval. “Además –concluyó– para usted, que maneja bastante bien la escritura medieval escolástica, sus abreviaturas y el latín, estos textos coloniales le resultarán sencillísimos”. No fueron “sencillísimos” pero sí relativamente fáciles. Y como paleógrafa, trabajé mucho más con textos coloniales que medievales, formé parte de un grupo pionero que a partir de los años setenta, siguiendo la huella de Guillermo Furlong SJ (en parte continuada por Ismael Quiles SJ), dimos a conocer documentos de filosofía y teología colonial: ante todo el más antiguo, Walter Redmond, de Austin, cuyo catálogo de manuscritos coloniales de filosofía fue decisivo para las búsquedas, Mauricio Beuchot en México, y Ángel Muñoz García en Venezuela. Hoy la escolástica

americana o colonial es uno de los temas de mayor interés en la agenda de los medievalistas y ha pasado también a ser parte del temario de los estudios e investigaciones sobre filosofía moderna. Tengo en mi haber el estudio de más de ciento cincuenta manuscritos de México, Colombia, Perú, Chile y Argentina. Y estoy convencida que el Dr. Tanodi fue un factor determinante de esta fructífera orientación de mis estudios. Siempre agradecí sus consejos y su aliento.

Este trabajo de estudios coloniales me llevó, como es claro, a diversos países, y tuve que consultar sus Archivos Nacionales. Fue para mí una enorme satisfacción comprobar que la mayoría de ellos tienen una estructura similar, porque sus archiveros y directores se habían formado en la Escuela de Archivología de la Universidad de Córdoba, fundada y dirigida por el Dr. Tanodi, con el apoyo de la OEA. He hablado con expertos y funcionarios que lo recordaban con admiración y afecto, y reconocían cuánto debían a sus enseñanzas y su buen criterio organizativo. En 1992, como celebración del Quinto Centenario americano, el Dr. Tanodi quiso hacer una exposición archivística, en Buenos Aires. Me sentí honrada de que me convocara, lo que demostraba su absoluta confianza en mí para hacerme cargo de esa tarea ejecutiva, que realicé desde la Fundación para el Estudio del Pensamiento Argentino e Iberoamericano - FEPAI- de la que soy presidente. Seguí su proyecto y se efectivizó una hermosa exposición de unos doscientos documentos originales (fundación de ciudades, cartas de adelantados, colonizadores y próceres, etc.) en el Museo Nacional de Arte Decorativo, que tuvo miles de asistentes, y se completó con mesas redondas, un curso de especialización que dictó su hija, Branka Tanodi y una publicación. Al Dr. Tanodi, sus amigos y discípulos le regalamos una medalla de oro y un pergamino, en un acto de homenaje coincidente con la inauguración. Desde entonces hasta que la edad fue limitando paulatinamente sus actividades, el Dr. Tanodi siguió vinculado a FEPAI, interesado en los temas del pensamiento iberoamericano cuyos documentos tanto había contribuido a conservar.

Finalmente, quiero mencionar otro aspecto en que el Dr. Tanodi, su esposa y su hija, están muy ligados a mí; ellos pertenecen a la comunidad croata, como mi esposo, Ivo Kravic. Hemos compartido reuniones y proyectos y cuando mi esposo comenzó a editar una revista, *El croata errante*, dedicada a la diáspora, en su primer número (1993) publicó una entrevista donde el Dr. Tanodi se explayó acerca de su vida, de cómo las circunstancias del destino lo sacaron de lo que había sido su proyecto intelectual y lo trajeron a un continente y a unas tareas que ni había imaginado posibles (o deseables) en su juventud. Tengo para mí que esta entrevista es todo un testamento de vida, una enseñanza que nos lega, sobre el modo no sólo de superar una adversidad, sino de darse un nuevo proyecto y hacerlo con amor y dedicación. Obtenida la independencia luego de la separación de Yugoslavia, Croacia, su patria natal, lo ha homenajeado. Era de justicia. Y estoy segura que a Aurelio Tanodi, en la eternidad, le complace y emociona que el día de su nacimiento (1 de septiembre) se haya consagrado como “Día del Archivero Latinoamericano”.